

RECONSTRUCCIÓN (18 años en el Opus Dei)

Autora: Aquilina

Índice

- Prólogo..... pág. 2
1. Presagios..... pág. 3
2. Numeraria..... pág. 7
3. Madurez y libertad interior..... pág. 9
4. Crisis de vocación..... pág. 11
5. Renacimiento..... pág. 17
6. Volver a empezar: primer intento..... pág. 19
7. Reconstrucción..... pág. 23

PRÓLOGO

El núcleo original de este testimonio lo escribí en los primeros días de septiembre hace ahora cuatro años. Desde entonces lo he leído, releído y retocado varias veces. Lo he trabajado mucho. Me ha ayudado a digerir las experiencias que narro, y por consiguiente, a reparar al menos parcialmente el daño que me han causado.

No he querido citar ningún nombre de las personas del Opus Dei que he conocido, aunque todas podrían reconocerse a sí mismas en el caso, muy poco probable, que lean estas páginas.

El texto original de mi testimonio nació por una necesidad de desahogo y de reconstrucción de un pasado casi olvidado a nivel consciente, pero que continuaba agitándome por dentro.

En esta última revisión, he quitado aquellas partes que se referían demasiado íntimamente a la vida de otras personas que se han visto envueltas en mi biografía sin que lo hayan elegido. También he intentado profundizar en los razonamientos para explicar los hechos que relato.

La primera redacción de esta biografía nació después de diez años de haber dejado la Obra. Nunca había leído libros ni artículos de prensa críticos hacia la institución. La crítica y la lectura que hago de hechos y acontecimientos maduraron en mi interior por ellas mismas, debido al cambio del tipo de vida, a la experiencia en primera persona de resolver autónomamente los problemas de la vida diaria, a la psicoterapia y a las muchas lecturas que, por fin, ya no me estaban prohibidas por la censura interna.

En los últimos tiempos, en cambio, he tenido la oportunidad de leer muchos libros y testimonios de personas que se encontraban en situaciones semejantes a la mía, y me asombraba encontrar tantas cosas en común, no simplemente respecto a las experiencias concretas vividas en el interior de la Obra, sino también por las reflexiones que cada cual hacía en los años posteriores, cuando había tomado distancia de los hechos y había adquirido autonomía de pensamiento y de juicio.

En este testimonio autobiográfico he intentado poner de relieve sobre todo el "antes" y el "después" del Opus Dei: aquellas circunstancias de educación y familiares que han hecho posible que, con mayor o menor consentimiento por mi parte, la Obra entrara en mi vida, y las circunstancias que después han hecho posible que, con el paso del tiempo, mi vida se emancipara de las secuelas ideológicas por la formación recibida, permitiéndome así recobrar mi auténtica personalidad.

Y no escribo esto para juzgar o para repartir culpas a mí o a los demás, sino para asumir más eficazmente la responsabilidad de mi cambio y, quizás, evitar que otros pasen por las mismas experiencias.

Aquilina
Octubre de 2003

1. PRESAGIOS

Nací en 1955 y crecí en una familia de clase media. Mi padre era funcionario y mi madre enseñaba en la escuela primaria. Yo era la mayor de tres hermanos. Cuando tenía 19 años nació el cuarto hermano, pero como yo ya me encontraba fuera de mi familia, no he convivido con él sino en los últimos años.

Poseo un carácter alegre y extrovertido, que ahora lo veo reflejado en mi hija y que por lo que dice mi madre, se me parece mucho (tiene 6 años).

El recuerdo que guardo de mi infancia no es muy sereno ni tranquilo. Mi padre, aunque fue un hombre básicamente bueno y recto que creía hacer siempre lo mejor por sus hijos, me crió oprimida por su posesividad y por sus altibajos de humor. Siempre se le veía temeroso a perder el cariño de sus hijos o a que alguien le robara el lugar principal que quería tener en nuestro corazón. Nunca nos permitió frecuentar a menudo a los compañeros de colegio. Cuando era pequeña, esto era menos frecuente que ahora, pero sí era corriente entre niños quedar de vez en cuando para jugar o para hacer juntos los deberes. Se enfadaba si me miraba a menudo en el espejo; estaba celoso de las hermanas de mi madre que nos cuidaron una temporada en la que los abuelos se encontraban enfermos y él tenía que asistirlos.

Ya desde pequeña era yo tan aficionada a la lectura que, antes de haber acabado la escuela secundaria (11-13 años) había leído sin que nadie me lo dijera "Los hermanos Karamazov" y "Los novios prometidos", además de docenas de otros libros, más o menos más aptos para mi edad. Mi padre estaba tan preocupado por mi voracidad intelectual que me prohibió leer sin su permiso intentando así ponerle límites.

Doy solo unas pinceladas de mis recuerdos infantiles, pero pueden ayudar a comprender cómo me encontraba yo en los años de primaria y secundaria. Recuerdo la sensación de una gran energía interior, que no sabía bien cómo encauzar, de una ilusión grande pero sin un objetivo concreto.

Debido al control tan de cerca que mi padre ejercía sobre mis lecturas, yo intentaba buscar libros que sabía que él no podía desaprobarme, y fue así como empecé a leer muchas novelas sobre los primeros cristianos. Como un pequeño don Quijote vivía en mi propio mundo; yo era la heroína perseguida y mi padre, con los obstáculos que me tendía para no tener una experiencia directa del mundo exterior, era un emperador romano.

Hacia los doce, trece años, hubiera sido lo normal que hubiera empezado a conocer o a tratar chicos, pero mi padre era demasiado intransigente sobre este asunto y los colegios, en los años 60, no eran mixtos. Cualquier pulsión sexual, aunque fuera la más inocente y platónica, bajo el influjo de los criterios de mi padre, me parecía algo impropio y poco correcto. Y esa situación chocaba con mi manera de ser: cariñosa, extrovertida, llena de ilusión y de confianza hacia los demás.

A causa de este contraste entre mi manera de ser y las dificultades que provenían de mi entorno familiar, creo que en aquellos años tuvo lugar en mi interior una fuerte sublimación: se acentuó cierta natural atracción hacia la dimensión religiosa de la vida, atracción caracterizada por un fuerte componente estético. Me atraía la penumbra de las iglesias, la faz y el hábito austero de las monjas... todo lo que tuviera que ver con el sacrificio y la abnegación.

Acabé por volcar en el ideal de seguir de cerca a Cristo todas aquellas energías que si se

hubieran encauzado por sí mismas, se habrían orientado hacia un objetivo más propio. No creo que todo lo que relato quite sinceridad a mis sentimientos, pero explica bastante bien la deformación que ha existido en muchas de mis elecciones y comportamientos.

Los años 70 eran años de fuego para los jóvenes. La contestación y la rebeldía empezaba a surgir en la Universidad, donde había nacido en el famoso mayo francés del 68. Cuando empecé el bachillerato superior por primera vez entraba en un ambiente mixto de chicas y chicos. Tenía un profesor de letras muy fascinante, extraparlamentario de izquierdas y fuertemente anticlerical que encontró en mí a la única en toda la clase que tenía el valor (y la satisfacción secreta, porque continuaba metida en mis juegos mentales de "los primeros cristianos") de replicarle y contradecirle. Si conseguía ponerle en algún aprieto, era un éxito; si no lo conseguía, me sentía una heroína perseguida y también me sentía complacida.

Chicos y chicas estrenaban sus primeros amores, pero yo quedaba excluida de ellos por la severidad de mi padre, que me seguía prohibiendo quedar con los compañeros fuera de clase. Todo era postergado siempre "a cuando fuera mayor", y aún hoy, a mi edad, en lugar de seguir esa especie de costumbre de esconder mi edad verdadera o disimularla, necesito gritarla casi con orgullo, como para exigir el derecho de ser considerada adulta. Al deformar mi aspecto afectivo y sentimental, empecé a hacer hincapié en mis dotes intelectuales para así ganar la aprobación de los demás, de la que me encontraba hambrienta.

Uno de los temores de mi padre, creo yo, era "perder el control" de sus hijos. Con el paso del tiempo he comprendido que estaba satisfecho y orgulloso de mí y de mis hermanos, pero que no quería hacerlo ver demasiado por miedo a que, haciéndolo, perdiera la capacidad de exigirnos todavía más. Este miedo a perder el control y su desbordante personalidad, hicieron de mí una persona insegura. Aunque consiguiera resultados más que discretos en el colegio y pudiera con facilidad hacer nuevas relaciones con mis compañeros, siempre tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias, a no ser bastante valiente, o bastante mayor, o bastante educada o culta. Tenía para cada una de esas circunstancias, la inteligencia suficiente para construir mis defensas y, hacia el exterior, creo haber conseguido dar la sensación de ser una chica segura de sí misma y, a su manera, bastante anticonformista.

Desgraciadamente, cuando a una chica de doce, trece o catorce años, su padre continúa exigiendo que obedezca a ciegas sus criterios morales, sociales y de comportamiento, sin intentar fomentar su capacidad de escuchar su propia rectitud interior (cultivada por una educación prudente y esmerada en los años de la primera infancia); cuando un padre incluso con la mejor intención de preservar a su hija de experiencias negativas o dolorosas, quiere siempre tener la última palabra sobre cada decisión sin aceptar el riesgo de algún pequeño error en la hija para permitirle también aprender de la experiencia, muy probablemente -junto a un creciente sentimiento de rebelión- se instala en el ánimo de la joven la convicción inconsciente de que las verdades con respecto a ella misma, a la vida, a su futuro, deben proceder del exterior. Cree que no puede, y tampoco debe, buscarlos dentro de ella misma ni de su conciencia porque ésta no está suficientemente formada. Siente el temor de que sus propias ideas sean una fuente de engaño, ya que el pecado original -a ello se hacía frecuente alusión en una determinada pastoral en aquellos años antes de que las enseñanzas del Concilio fueran divulgadas- puede convertirnos en víctimas fáciles de espejismos y engaños, y que la certeza de la objetividad y la honestidad sólo puede venir a través del consejo prudente de terceras personas.

Eso me pasó a mí. Mis referencias morales provenían prácticamente todas del exterior. Sin saberlo, incluso pensando durante mucho tiempo que era lo justo y lo sacrosanto, he pasado la mayor parte de mi vida basándome completamente en una moral dependiente. El fantasma de

la aprobación o la desaprobación de mi padre siempre estuvo presente de manera inconsciente, y luego he comprendido con claridad meridiana que ya cuando tenía trece años, mi "yo" exigente fue atrofiado, por lo que mi sentido de responsabilidad se encontraba tan desmesurado, que no me permitió casi nunca estar en paz conmigo misma.

Me sentía, también, terriblemente anulada en comparación con mis compañeras que disponían de más dinero para vestirse, que tenían permiso para usar medias de nailon, para maquillarse un poco o ponerse un jersey algo ajustado, que sabían lo que estaba de moda y vestían de acuerdo con ella. Recuerdo que para mí fue un verdadero misterio entender cómo se sabía lo que se llevaba, o saber dónde encontrar los jerséis al estilo americano que con un kilt o con unos vaqueros, hacían furor en aquellos años entre mis compañeras: yo no llegué nunca a tener ninguno.

Sociológicamente fui una auténtica marginada, pero a pesar de eso mi personalidad tuvo algo que atrajo a los demás y que me buscaban a menudo para desahogarse cuando tenían algún problema. Esto me deprimía un poco, me habría gustado mucho más ser objeto de otro tipo de interés, pero no lo admití claramente porque incluso constituyó siempre una alternativa a un posible aislamiento total.

Esta situación interior puede ser bastante normal en una adolescente, pero sería lo mismo de normal superarla y adquirir confianza porque, en la medida que se tienen experiencias, se aprende tanto de los aciertos como de los errores y tarde o temprano, por uno mismo, se consigue salir adelante. Pero las cosas que estaban a punto de sucederme me mantendrían enclavada largo tiempo en esta situación de inseguridad e inmadurez emotiva que estoy tratando de describir. La única facultad que se me había desarrollado de manera hipertrófica fue la racionalidad y, en cierto sentido, el intelecto. Ambos me proporcionaron una capacidad casi aritmética de alinear silogismos pero sin capacidad de averiguar si la validez de las premisas y conclusiones se ajustaban a la realidad.

Durante el primer año de bachillerato, además del profesor marxista, me dio clase también otro profesor -para mí extremadamente intrigante - que con su consideración y respeto hacia mis deducciones y preguntas, me conquistó rápida y completamente. Fue el profesor de religión y aparte del hecho de que fuera laico, -cosa que en aquellos tiempos no era muy frecuente-, se trataba de una persona con un particular atractivo: discretamente elegante, líder, licenciado en Economía y Comercio además de en Teología... en fin una figura que no lograba encuadrar, que me atrajo y que, sobre todo, pareció darse cuenta de mis aptitudes, y se comportó conmigo con extrema corrección. Se convirtió en mi baluarte psicológico en las luchas dialécticas contra el profesor marxista.

También me atrajo porque yo iba a la búsqueda de un guía y de una orientación. Desde hacía tiempo, mis confesiones con el sacerdote eran banales e infantiles. Sentía necesidad de hablar de otros pensamientos, de los deseos de heroísmo y dedicación a los demás que se agitaban dentro de mí pero temía confesarlos por miedo al ridículo o de que me siguieran considerando demasiado pequeña. Deseaba encontrar un director espiritual como tenían algunas de mis compañeras, pero no sabía dónde buscarlo y pensé que aquel profesor me podría aconsejar. En todo caso estaba decidida a no confesarme más hasta que no hubiera encontrado a un confesor estable.

Aquel verano tuve una historia, hermosa y delicada, con un chico dos años mayor que yo. Estudiaba en un seminario y se encontraba en plena crisis vocacional. Estaba meditando dejar el seminario y con él, sus proyectos de vida sacerdotal por la intolerancia que encontraba en

ese mundo. Estuve maravillosamente bien junto a él, hablamos de nuestros problemas, hubo entre nosotros una gran compenetración y una gran ternura, pero fue un sentimiento tan sublime que no llegó nunca a traducirse en palabras ni en declaraciones explícitas: cada uno conocía el sentimiento del otro, era algo tan real que no había necesidad de hablarlo, y en nuestro romanticismo juvenil, quizás, aquel silencio añadía valor a nuestro cariño. Yo no quise influirle en sus decisiones bajo ningún aspecto. En todo caso se trató de una cosa tan evidente que se dieron cuenta todos. Mi padre, naturalmente, empezó su guerra, y cuando comenzaron las clases nos escribíamos de manera semiclandestina.

2. NUMERARIA

Al principio del segundo año de bachillerato encontré al profesor de religión del año anterior que me dijo que quizás podría encontrar un buen director espiritual si fuera a una residencia universitaria de la que me dio la dirección. Venciendo la resistencia paterna, conseguí permiso para salir y así fui por primera vez a un centro del Opus Dei. La casa era bonita, estaba elegantemente decorada, llena de chicas jóvenes y cordiales que tocaron la guitarra, y que me trataron enseguida como a una vieja amiga.

Este comportamiento tuvo un impacto enorme sobre mí, que hasta entonces me había sentido extraña en cualquier entorno, y me produjo una enorme ansiedad por encontrar una evasión al entorno familiar y una sed infinita de dar y recibir amistad y cariño. Empecé a ir a aquel centro con toda la frecuencia que me permitía la intransigencia de mi padre. También él quedó impactado por la educación de las personas que conoció allí, dónde lo llevé de visita para predisponerle a que me dejara continuar yendo sin que pusiera muchas trabas. Siguió poniéndome algunas dificultades, pero menos que antes (quizás se dio cuenta de que no podía seguir estirando de la cuerda hasta el infinito) y en todo caso yo seguí utilizando el recuerdo de los "primeros cristianos perseguidos", que nunca hasta a entonces había puesto en práctica en un contexto real.

En este momento tengo que decir que todas las cosas negativas de que hablaré, las asumo en primera persona durante todos los años que he pertenecido al Opus Dei, con el único atenuante de que las he hecho con la honestidad y la rectitud que pueden llegar de un alma y de una conciencia deformadas por la inmadurez afectiva y la inseguridad.

En la obra me dieron nuevos elementos para seguir jugando a los "primeros cristianos perseguidos", no sólo en la intimidad de mi fantasía sino también en las situaciones reales que fui descubriendo. A los quince años y medio, como en las novelas de santa Inés, santa Cecilia, santa Eulalia y santa Teresa del Niño Jesús, pedí la admisión como numeraria en el Opus Dei. Es decir como asociada sujeta al voto de castidad total, además de tener que vivir heroicamente todas las virtudes tradicionales cristianas (y no sólo la pobreza y la obediencia aunque, como nos repitieron hasta el infinito, "nosotros no somos religiosos") y vivir, en cuanto fuera posible, bajo el mismo techo con otras numerarias, que se convertirían en mi única y verdadera familia.

Los ideales que me fueron propuestos en la Obra eran sublimes: santificarse dentro de la sociedad siendo como la levadura, a través de la preparación intelectual y doctrinal, haciendo del apostolado de amistad y de confianza un servicio abnegado y sin límites. El extremado rigor del tipo de vida, la obediencia total a los deseos de los directores, la entrega completa de la intimidad, la ausencia total de bienes personales, la mortificación y la penitencia severa, saciaban mi sed de heroísmo romántico y compensaban la ausencia, en mi vida, de aventuras más humanas e indudable y psicológicamente, más normales.

Sin ninguna explicación ("para evitar tentaciones", me dijeron) le hice saber al chico que había conocido el verano anterior que no quería verlo más. Resistí a todos sus intentos de que le diera un porqué, segura de estar defendiendo mi amor exclusivo a Cristo.

Por fin "pertenecía" a alguien y a algo, y esta toma de conciencia me dio fuerzas y energías que nunca había tenido antes; todas las dificultades desaparecieron. A los dieciséis años y once meses me trasladé a Milán para hacer el Centro de Estudios. Allí estuve durante los dos años de formación y luego fui a vivir al otro lado de la península. En Palermo completé todos los estudios universitarios, mientras colaboraba a la vez con algunos trabajos apostólicos que

la Obra llevaba adelante y atendía el trabajo de Administración, es decir las faenas de la casa, sobre todo en las de varones donde viven los miembros de la obra y, a veces, también personas externas. En los 80 volví de nuevo a Milán, obedeciendo las indicaciones de las directoras.

3. MADUREZ Y LIBERTAD INTERIOR

En aquellos años aprendí a meditar y a rezar, y un día bello e inolvidable, de aquellas inciertas tentativas, algo nació dentro de mí completamente nuevo, aunque, probablemente, no completamente sobrenatural: estaba en la ribera de un lago, rodeada por un paisaje sereno y tranquilo; me transporté a dos mil años antes y casi veía al Maestro rodeado de sus amigos, hablándoles de su doctrina y llevando adelante la obra de la redención. A raíz de esa "experiencia" hice trabajar mi fantasía sobre el evangelio para mostrar en sugestivas historias a los oídos jóvenes que me escuchaban, la doctrina cristiana. Al hacer extremadamente asequibles y fascinantes las duras exigencias morales que quería transmitir a los que me escuchaban, esperaba que pudieran seguir a Cristo mediante la entrega total en el Opus Dei. Creo que lograba ser muy convincente porque creía firmemente en lo que decía, más que en las exigencias desmesuradas e injustificables, que otros quizá más preparados que yo, ponían alegremente sobre los hombros de los demás. Mi esfuerzo de racionalización resultó irresistible para muchos.

La fuerte propensión al racionalismo cristiano, cimentado por la apologética y sobre la dialéctica teológica que existen en el Opus Dei, acentuó mi tendencia a valorar mi dimensión intelectual en perjuicio de una afectividad cada vez más oprimida e inmadura, que durante mucho tiempo me creó grandes problemas. El apostolado de amistad y confianza se convirtió para mí una verdadera especialidad, puesto que, libre ya de las trabas paternas y justificada por una mayor gloria de Dios, podía y debía tratar y cultivar las más amistades posibles, naturalmente solo femeninas, para acercar a través de mi amistad, el mayor número de personas a Dios.

En suma, el Opus Dei resultó ser perfecto para hacer trabajar mi imaginación y tuve éxito: me dieron encargos cada vez más importantes y llegué muy joven a tener responsabilidades de gobierno a nivel nacional. En los 80, con veinticinco años recién cumplidos, terminada la licenciatura con mención de honor en Filosofía, me dieron el encargo de responsable nacional de las actividades apostólicas de la Obra con las chicas jóvenes.

Por mi padre había sido educada en la obediencia -a él y a la moral católica que me había inculcado-, como a una de las mayores virtudes cristianas, y sobre todo a ver en la desobediencia la raíz de cada desorden y de la imposibilidad de construir algo bueno en la sociedad. De la obediencia a él pasé a obedecer en nombre de un bien mayor, lo que supuso que seguía obedeciendo a otra entidad superior, pero obedeciendo y seguí creyendo que obedecer era lo mejor para aplacar mi 'yo' exigente. Sobre esos criterios se ha basado durante años mi moral. El Opus Dei acentuó esta deformación, y en la formación que recibí, como todas las otras personas de la institución, se enfatizó desmedidamente la importancia doctrinal y ascética de la obediencia, la sumisión total y sin crítica al magisterio eclesiástico (interpretado por el Padre y las indicaciones que éste hacía a los directores y que se basaban principalmente en una doctrina tridentina), la importancia de identificarse con el "buen espíritu" entendido como una jerarquía de valores, un conjunto de normas y de reacciones a las situaciones que acaban por ejercitarse de una manera instintiva.

En el Opus Dei se habla mucho de la libertad de la que gozan los miembros de la asociación. Yo debo reconocer que no he recibido nunca una indicación explícita respecto al partido político a quien votar y la carrera universitaria que estudié tuvo la aprobación de las directoras. Por lo que concierne el trabajo profesional, no lo ejercí nunca exteriormente durante los años que fui numeraria. Y como directora espiritual, evité siempre dar indicaciones concretas sobre el trabajo de las demás. Pero esto no significa que haya sido realmente libre en otros aspectos ni en otros ámbitos, porque los medios que se usan en la obra para controlar las decisiones y los comportamientos de los socios y los simpatizantes es otro: el llamado "buen espíritu".

El "buen espíritu" es una especie de ley no escrita que se graba en lo más íntimo de cada uno por la formación impartida incesantemente en la obra. Es transmitida lentamente, de mil pequeñas maneras y detalles que se estratifican dentro de la persona llegando a formar una especie de segunda naturaleza y de una segunda conciencia. Se cultiva con métodos que son muy difíciles de definir: innumerables detalles que tienden a cambiar la forma de ser y de actuar para ser coherentes con el "buen espíritu" e igualmente innumerables, minúsculas (o no tan minúsculas) frustraciones y castigos para cuando no vives esa coherencia con el "buen espíritu". De este modo no hay necesidad de ponerlo por escrito para transmitirlo, y en efecto, los mil criterios y comportamientos de "buen espíritu", en su mayor parte, no están escritos en los documentos oficiales de la obra pero su existencia se mantiene en una especie de tradición oral: son ejemplos que se citan en las lecciones de formación, que practican adecuadamente las personas más integradas en el sistema y que se ponen de ejemplo a las otras. Hay todo un anecdotario de recuerdos, de comportamientos del fundador o de los más antiguos de la obra que se utilizan, dando por implícito, que aquellos comportamientos, aquellas orientaciones mentales, aquellos criterios y aquellos juicios son de "buen espíritu": los que satisfacen al Padre, los que hacen que la obra sea fecunda en sus apostolados, los que llevan a la santidad a la persona que los practica...

Reglas de este tipo, probablemente, se pueden encontrar en muchas otras organizaciones de la Iglesia. Lo que las convierte en criticables es la exagerada intolerancia, más silenciosa e implícita pero drástica, que lleva en el Opus Dei a la inexorable marginación de cualquiera que se aleje de los criterios del "buen espíritu" y esto se hace, paradójicamente, en una organización que tiene en la libertad y en el pluralismo, su estandarte.

De este modo, en la obra, se es prisionero y guardián de la misma prisión. Las personas, si tienen "buen espíritu", ejercen sobre ellos mismos una vigilancia estrecha, son censores despiadados de sus faltas y se convierten en sus propios delatores delante del tribunal de la dirección espiritual con el director laico.

Los directores son, normalmente, las personas que mejor encarnan los criterios del "buen espíritu", operándose así una especie de selección anti natural que hace crecer y prosperar la tipología del numerario que vive y exalta el "buen espíritu": una persona que no se hace nunca preguntas con respecto a la obra; que calla cada duda como si se tratara de una tentación; que rechaza como una infidelidad las individualidades de cada persona... porque lo más importante es la fidelidad al espíritu de la obra.

Estos comportamientos también están muy lejos de la virtud de la sinceridad. Cada virtud -cristiana o humana- para serlo realmente, tiene que estar sustentada en la libertad, no sólo en la libertad de los condicionamientos externos sino también y sobre todo en la misma libertad interior. En el Opus Dei, si se tiene "buen espíritu", esto no sucede así. No se puede prescindir de contar al director o a la directora, en la charla semanal de dirección espiritual, el más mínimo pensamiento que pueda suponer un atentado contra la fe o la pureza o la vocación o una crítica o una intolerancia hacia lo que hacen o dicen los directores o el Prelado.

No es posible ninguna mediación de sentido común en todo ello; los criterios predeterminados están demasiado claros. Cuando a veces he intentado administrar de manera más autónoma mi conciencia, no logré nunca superar un gran remordimiento que nacía a continuación, y al final tenía que volver, de manera compulsiva a la que se llama "la madre buena", a la obra, para encontrar así una especie de momentánea serenidad y paz interior.

4. CRISIS DE VOCACIÓN

Cuándo antes he señalado al trabajo de alistamiento de nuevas vocaciones para el Opus Dei, he tocado un tema que ahora, después de muchos años, me parece percibir como la cosa más inmoral de todo aquel sistema: el proselitismo incansable que persigue -por la táctica de hacer creer que la voluntad de Dios se manifiesta a través de la voluntad de los que pertenecen a la organización-, implicar y captar al mayor número posible de personas, olvidándose y pasando por alto las circunstancias personales, las necesidades familiares o las aptitudes o el carácter. Sólo experiencias sexuales anteriores o una forma de ser demasiado insulsa y ningún atractivo personal puede librar de caer en las redes, a la persona objeto de nuestras persecuciones proselitistas (hablo respecto a las mujeres porque en el Opus Dei existe una rígida separación entre la parte femenina y masculina de la asociación). Yo creía en lo que hacía, y por lo tanto lo hacía con pasión, sin ahorrar horas de sueño, ni viajes, ofreciendo las penitencias más pintorescas y todo lo que la imaginación y el entusiasmo me sugerían para lograr vocaciones.

Pero, incluso haciéndolo con entusiasmo, no tenía siempre paz dentro de mí: se alternaron momentos de depresión, -que entonces no fui capaz de reconocer como tales-, y crisis terribles de escrúpulos, que si hubiera estado más segura de mí misma, hubiera sido capaz de interpretarlas como señales que mi cuerpo y mi psique me enviaban una alarma, y me habrían puesto sobre el aviso acerca del hecho de que las cosas no iban tan bien como yo pretendía.

Cuando miro atrás en mis recuerdos, creo recordar la primera vez que experimenté la sensación de la angustia de la depresión, ese malestar del alma y del cuerpo que crecía dentro de mí hasta devastarme y que se volvió, por muchos años, el compañero de mi existencia. Fue alrededor de un año y medio después de pedir la admisión en la obra.

Todavía no había empezado a hacer vida de familia en un centro. En mi primer curso anual, el verano anterior, experimenté la convivencia durante unos 20 días sin que transcurrieran incidentes a destacar. En Semana Santa, me encontré de nuevo entre gente de la obra en la convivencia de Pascua, una ocasión en la que miembros de la obra y simpatizante de todo el mundo se reúnen en Roma por un acontecimiento que, para el exterior, aparece como un mega congreso universitario, pero que en realidad tiene como objetivo principal provocar la crisis vocacional en las personas más dispuestas o influenciables. En aquellos días todos los aspectos de la vida del Opus Dei se vivían, si fuera posible, con tintes aún más cargados de lo usual: los encuentros con el Fundador, con todo lo que esas tertulias llevaron consigo de adhesión incondicional a cada palabra que pronunció, de demostración exagerada de cariño, de alegría, de la preparación de cada intervención (preguntas que se le hacían al Fundador) para evitar todo lo impropio o negativo; la preocupación y el empeño para que nuestras amigas se decidieran a pedir la admisión en la obra o se convirtieran al catolicismo. Además cada una de nosotras tenía que hacer un esfuerzo aún mayor para vivir, además del plan de vida habitual, un apostolado más cerrado y constante con las amigas de las que era responsable sin olvidar las prácticas de mortificación y penitencia habituales en medio de las condiciones nada fáciles de un tour turístico.

Además de los encuentros con el Fundador, aquellos días se establecieron visitas guiadas a las casas centrales de la organización -villa Sachetti y Villa de la Rose - tertulias con las directoras centrales que se basaron exclusivamente sobre el Padre y sobre el apostolado en los distintos países del mundo, visitas a basílicas y a las catacumbas romanas, los oficios de la Semana Santa celebrados de modo solemne y en las formas litúrgicas más ortodoxas y, por tanto, más prolongadas. Psicológicamente, nos encontrábamos en un ambiente de gran tensión interior por las posibles vocaciones: la preparación de la pregunta, quizás decisiva para el sí

definitivo, que una amiga debía dirigirle al Padre en la próxima tertulia con él, el coloquio prolongado y a menudo nocturno -ya que durante el día había demasiados encargos y actividades que dificultaban la conversación privada- con la chica con crisis de vocación, la espera a ser invitadas a participar en los oficios de Villa Sachetti -una de las señales más grandes de distinción para las numerarias-...

Probablemente fue por la presión a que fui sometida por todos estos factores que, a pesar del placer que me suponía encontrarme lejos e independiente de mis padres, de no tener que pedir continuamente permiso para salir o para verme con alguien, el poder rezar y hacer apostolado a mi gusto, en algún momento me encontré extraviada: con la sensación de una gran soledad, presa de un malestar interior que no entendía y que se manifestó físicamente haciéndome sentir amargada, confusa, como decepcionada por algo indefinido, atascada y ralentizada en mis movimientos, infeliz sin un porqué concreto.

Gracias a la educación familiar recibida, que veía en la fuerza de voluntad la panacea para todos los males, reaccioné a aquellas sensaciones y me las quité de encima con relativa facilidad volviendo a meterme de lleno en lo que estaba convencida de que era mi sueño realizado: ser del Opus Dei, saberme hija de Dios y haber sido llamada a entregar toda mi vida para salvar almas.

Desde aquel día, aquel extraño estado de ánimo volvió de vez en cuando, esporádicamente, a asomarse dentro de mí. En un primer momento pensé que dependía de los altibajos fisiológicos de la vida de cada uno. En los años del Centro de Estudios lo atribuí a la fatiga por compaginar al mismo tiempo el bachillerato con el esfuerzo de la formación intensa de aquel curso y en general a las condiciones exigentes y muy duras de la obra. Me pareció que el encontrar la causa sería suficiente para justificar ese malestar tan desagradable, sin sospechar nunca que pudiera ser la señal de que había algo que no iba bien a un nivel más profundo y más grave. Al final, me acostumbré a pensar que era normal encontrarme combatiendo periódicamente una molestia que se presentó con el transcurrir de los años de una forma cada vez más pesada, más dura y frecuente.

Toda la formación que recibí en el curso de los años y que fue reforzada diaria, semanal, mensual y anualmente por los más variados medios de formación, me enseñó que la santidad pedía lucha y esfuerzo, que la naturaleza humana quería rebelarse, y por tanto interpreté mis dificultades interiores, mis bajones y mis cambios de humor, al peso que advertía cada mañana cuando me despertaba y tomaba conciencia de mí. A la luz de los tratados de ascética, empecé a pensar que me encontraba en la noche oscura descrita por santa Teresa de Ávila y por san Juan de la Cruz.

Vivía con deseo y rechazo al mismo tiempo la charla semanal de dirección espiritual: por una parte sentía un deseo urgente y de diálogo íntimo realmente espontáneo y sin reservas con un ser humano. Con las amigas que trataba con fines apostólicos y proselitistas no habría sido de "buen espíritu" tener confidencias personales si no en la medida en que mis posibles gestos de confianza tuvieran el fin de atraerlas. Estaba censurado y considerado como de pésimo mal espíritu, contar dificultades, dudas, insatisfacciones, temores o nostalgias a alguien que no fuera la directora impuesta. Estaba censurado también que habláramos de esto en nuestro centro: que habláramos entre nosotras mismas, -con otra numeraria que no fuera mi directora espiritual-. Cada pensamiento de este tipo había que catalogarlo como tentación y por tanto descartarlo lo más pronto posible, informar de él en la próxima dirección espiritual, pero también allí sin buscar entender ni que me entendieran, sólo las palabras necesarias para pedir perdón y pasar a otra cosa.

Con las otras asociadas las censuras aún eran más tajantes: los argumentos y las confianzas personales eran tabú fuera de la charla de la dirección espiritual porque, entre nosotras ya miembros de la Obra, no teníamos la excusa de decir que estábamos haciendo apostolado.

Los consejos que recibía en las charlas de dirección espiritual me decepcionaban intensamente y me dejaban con una insatisfacción cada vez más profunda. Además, obedecer también supone en la Obra hacer la charla con quien te digan, no con quien tú elijas, así que tenía que sincerarme con personas que en algunas ocasiones me resultaban antipáticas y repelentes. Eso era también un esfuerzo añadido porque ese sentimiento tan natural y tan elemental de que una persona te inspire más confianza que otra, no está admitido en la obra.

Nadie advertía mi problema ni sabía encauzar mis sentimientos o sensaciones. Mi rigidez mental y mi esmero, como ya he contado, me obligaban a hablar en estas charlas abriéndome completamente, sin permitirme la mínima reserva mental o el mínimo atisbo de discreción. Por otro lado, quién me escuchó no se tomó con demasiada seriedad mis dificultades interiores y exteriores y hasta tuve la sensación que minimizaba o veía como un fastidio mis interpretaciones místicas antes las dificultades que sentía.

De este modo siguió creciendo mi ignorancia y mi incapacidad para poner remedio a mi malestar interior: sentía que la parte más íntima de mí se estaba desmoronando ruinosamente, pero no tuve ni las palabras ni las categorías mentales para hablar de ello ni para conseguir la ayuda de que necesitaba. A pesar de eso, confiándome en lo que siempre me enseñaron, y que yo había enseñado a las demás, seguí creyendo con confianza en el valor de la sinceridad, de la humildad y en el amor de la obra hacia mí: "Habla, y se solucionará cada dificultad interior"... "Abrid completamente vuestras almas al buen Pastor, si queréis perseverar"... "El buen Pastor (el Padre, las directoras en su nombre) toma sobre sus hombros a la oveja que está perdida"... "En la obra existe toda la farmacopea necesaria"...

Yo hablaba, siempre con mayor dificultad y cada vez más a contrapelo y desorientada y no lograba recibir las respuestas adecuadas, ni orientaciones precisas ni diagnósticos para saber cómo actuar. La vida en la obra, que quise durante años, empezó a disgustarme. Mi "buen espíritu" todavía se negaba a sumar dos más dos, a conectar las causas con los efectos, a remontar la saturación a la que había llegado por aquel estilo de vida tan poco auténtico, tan contra natura, tan inhumano y por lo tanto, tan poco sobrenatural.

Inicialmente pensé que Dios me enviaba esa insatisfacción porque quería de mí una entrega más profunda. En algunos momentos incluso pensé en pedir ser numeraria auxiliar: ocultación total, olvido, abnegación en una vida de humildad y sumisión radicales. Pero no había oído nunca que se hubiera permitido una cosa parecida y el sexto sentido que ya había adquirido con respecto de los criterios de la obra me sugirió abandonar la idea porque no era una posibilidad real.

Ya me daba cuenta de que sentía repulsa por las excesivas manifestaciones de filiación al Padre; me chocaban las demostraciones explícitas de cariño y sumisión que a las demás les parecían totalmente normales. Me cansaban ver con mucha frecuencia las proyecciones de los tertulias multitudinarias de varios países con el Fundador o con el Prelado de la época. Me sentía incapaz de participar en la organización de los encuentros que don Álvaro tuvo en Italia con muchos grupos de personas de la obra y con nuestras amigas. Los preparativos minuciosos y llenos de detalles de cariño y respeto superlativo, la preparación selectiva de las preguntas que las chicas tenían que dirigir al Prelado, la alegría exagerada y con alguna punto de his-

teria que estos encuentros despertaban en la mayor parte de las otras asociadas despertó en mí una creciente reacción de intolerancia, de rechazo y de crítica.

Empecé a sentir alergia por las palabras estereotipadas y frases hechas que en la obra se usan continuamente, a propósito o sin él, para indicar cada manifestación de "buen espíritu". Comencé a intuir que, como miembro de la obra, era víctima de una manipulación semántica. Por un lado se dice "nosotros no pedimos permiso" pero consultamos todo con las directoras; "aquí no se dan órdenes: todo se pide con un por favor" y al mismo tiempo la obediencia debe ser ciega y rápida y rindiendo el juicio propio; "no tenemos que dar cuenta de nuestros desplazamientos" pero antes de salir del centro vamos al despacho de la directora para decirle dónde vamos, con quién y a qué y dónde nos pueden localizar"; "no disponemos de dinero" pero se hace caja; Y así podría poner miles de ejemplos. Siendo -en teoría- libres de vestirnos como quisiéramos, cada adquisición de vestuario era supervisada por una segunda numeraria que acompaña siempre a la que tiene que comprarse algo para dar el visto bueno; "se vive el "dulce precepto" -se alude así al cuarto mandamiento- rezando por nuestras familias de sangre, pero sin poderte implicar nunca en sus necesidades ni en sus situaciones. La cosa más inocente del mundo, como felicitar por teléfono a un pariente o tomar una aspirina para que se te pase el dolor de cabeza, si no se le pidió autorización a la directora y fue aprobado por ella, se convertía en un acto de soberbia y en una pequeña falta de "buen espíritu".

De esta manera, también en vocaciones consolidadas y probadas, se fomentaban comportamientos que en otras instituciones de la Iglesia se ponían en ridículo al enseñarnos que, por ejemplo, las novicias eran excesivamente escrupulosas. En lugar de dar doctrina y luego dejar volar a las personas con alas de libertad y de amor, haciéndoles adquirir autonomía sin entrometerse en sus elecciones más insignificantes, las directoras estaban empujadas continuamente a difundir indicaciones concretas sobre detalles nimios. Así la numeraria ejemplar acaba siendo una campeona en ir contracorriente en el entorno externo a la obra, pero no se atrevería nunca a ir contracorriente dentro de ella, tampoco sobre los aspectos que a lo mejor en un principio, la "descolocan" o sobre otros muchos muy discutibles y que al final se acaban aceptando.

A pesar de la calidad humana y sobre todo intelectual de mucha gente de la obra, al repetirse el mecanismo de la utilización semántica (el doble lenguaje) hace que se pierda el contacto con la verdadera naturaleza de las mismas acciones, impidiendo sobre todo la capacidad de comprender lo que se está realmente haciendo. Y luego, con la repetición y el automatismo se llega a perder la noción de responsabilidad y se la hace una cosa concreta llamándola con el nombre exactamente opuesto. Análogamente, se acaba viviendo un infantilismo humano y sobrenatural, que lleva a simplificar la realidad, adoptándose además una actitud de arrogancia, de superioridad y de ausencia de dudas.

Empezaron a despertarse dentro de mí las primeras rebeliones contra las indicaciones continuas y minuciosas que concernían a cada comportamiento y a cada juicio que teníamos que tener como miembros de la obra. Fueron los primeros años después de la muerte del Fundador, y, creo que, el Prelado de la época, don Álvaro del Portillo, tenía miedo que la obra perdiera el "buen espíritu" originario. Así, basándose en una elemental ley de balística, disparó más alto y empezó a mandar indicaciones todavía más estrechas y severas de las ya muy rígidas, que regulaban la obra hasta a entonces.

Mi malestar y mi insatisfacción siguieron creciendo. Hablaba, pero no me entendían y hasta el final no fui relevada de mis encargos y de mis responsabilidades. Mi emotividad siempre me fue difícil de gestionar desde los años de la infancia: aunque normalmente era una persona

jovial y positiva, cuando me asaltaban las ganas de llorar no podía retenerme ni disimularlo, fuera cual fuera el contexto donde me encontrara; y me venían cada vez más a menudo la necesidad de llorar, de manera cada vez más incontenible e irrefrenable, incluso cuando me encontraba en público. Este comportamiento me empeoró drásticamente, y ya no pude con él. Me asaltó un creciente sentido de repulsa hacia mi trabajo de todos los días. El espíritu crítico, un campo de lucha interior siempre a enterrar para un miembro de la obra y por la enorme cantidad de pretextos que pudieron suscitarlo, casi se volvió constante.

La tristeza acabó convirtiéndose en la compañera principal de mis días, y ya no logré aceptar y ni tolerar todas las reglas que hasta a entonces habían marcado mi vida y no logré participar de manera activa y voluntariosa, como siempre hice, en los momentos de formación y ejercicios espirituales.

Al principio del verano de 1985 esta situación estalló y no se pudo ignorar más: me trataron, durante el curso de formación anual, con mayor respeto, me permitieron -dado que también las horas de sueño están reguladas rígidamente- dormir más, fui exonerada de algunas de las actividades de formación importantes, pero siguieron atormentándome con otras tonterías, entre las que recuerdo con particular sufrimiento una corrección fraterna que me hicieron porque "no cantaba con las demás en las excursiones y en las tertulias"... Este reproche se me quedó grabado por la enorme rebelión que me provocó, pero sólo después de muchos años he comprendido que no me revelé solamente contra una mortificación gratuita que pudieron hacerme, sino que fue el principio de una rebelión total. ¿Cómo iba a cantar si toda mi vida afectiva estaba paralizada por el esfuerzo de controlarla durante años, si mis sentimientos y convicciones no eran míos sino que me habían sido impuestos desde el exterior, sin que yo ni las personas que se comprometieron delante de Dios sobre la responsabilidad de mi alma ni siquiera nos había rozado la duda de que no fueran auténticos?. Sin que yo lo supiera, dentro de mí fueron madurando los anticuerpos que ahora comenzaban, con gran esfuerzo, a rechazar todo aquel sistema de vida que no fue nunca mío y que ahora estaba descubriendo la verdad, después de tanto sufrimiento.

A la vuelta de esas vacaciones de verano, a pesar de que también había tomado algún fármaco antidepresivo prescrito por una numeraria neuropsiquiatra, no me encontré mejor. Fui exonerada hasta diciembre de la mayor parte de mis obligaciones, salvo aquellas en las que mi presencia era necesaria para hacer jurídicamente válidos los actos de gobierno. Hacia Navidad, viendo que no salía adelante y que ya supimos claramente que se trataba de una depresión, me dijeron que habían decidido mandarme a España, a Pamplona, donde el Opus Dei tiene la universidad de Navarra y la clínica universitaria. Fui acompañada en aquel viaje, que tampoco era capaz de hacerlo sola, de una numeraria de mi centro. Cuando ésta, después de un par de días, tuvo que partir, le dije que no quería quedarme allí donde me sentía aislada en un entorno de personas desconocidas, pero me trató con una dureza y con una impaciencia que todavía recuerdo con angustia.

En Pamplona no fui hospitalizada en la clínica: vivía en un pequeño centro que existía a propósito para alojar a las numerarias que venían de todo el mundo por problemas de salud. Por la mañana iba a echar una mano en las tareas domésticas a una residencia universitaria algo lejana, y por la tarde, dos o tres veces la semana, iba a hacer terapia psiquiátrica en la clínica universitaria. Me hicieron una montaña de análisis, y empecé a tomar psicofármacos que probablemente aumentaron mis molestias, pero de los que indudablemente no habría podido prescindir de ellos, dada la importancia que alcanzaron mis síntomas depresivos. Una persona exuberante y llena de recursos como yo, que había viajado infinitas veces al extranjero acompañando a grupos de chicas de sólo doce, trece años, ingeniándomelas entre documentos, len-

guas extranjeras, horarios y retrasos y la indisciplina del grupo correspondiente a aquellas edades, estaba reducida a ser prisionera de tantas formas de ansiedad que subir ahora a un autobús o a un tren sola, se convirtió en una empresa atormentadora.

5. RENACIMIENTO

Estaban poniéndose intolerables las devociones comunes, la lectura de las publicaciones internas que ya percibía como de insoportable autobombo, la visión reiterada de vídeos de las tertulias con el fundador de la obra, muerto años antes, o con su sucesor, realizados con tal culto a la personalidad que, hoy, no logro comprender cómo se puede aceptar y admitir.

La santidad de la obra me fue inculcada de tal modo que nunca pude ponerla en tela de juicio, pero cada día se hacía más evidente que no había sido yo quien la había elegido, ya no aguantaba más aquella existencia. Siempre me dijeron, y así siempre lo prediqué a los demás, que la vocación no se pierde nunca: claramente no se expresaron así, pero dejaron entender que se adhiere al alma con la misma persistencia y naturaleza que el carácter sacramental. Empecé a pensar que quizás pudiera haber alguna excepción, puesto que, ahora, me resultaba tan evidente que si hubiera continuado dentro, me habría vuelto loca del todo y habría muerto en un estado miserable. Incluso en mi gran confusión mental, entendía que Dios no podía querer una cosa así.

Empezó así un tira y afloja que duró dos años y medio. Por una parte, en la Obra me dijeron que si me hubiera ido, habría puesto en grave peligro la salvación de mi alma (entre los libros de lectura espiritual habituales en la obra y que me dieron a leer en aquellas circunstancias estaba "Glorias de Maria" de san Alfonso de Ligorio, un "caramelo" redactado en el más puro estilo terrorista para quienes se plantean la perseverancia en la vocación). El Consejero en persona me dijo que, si no hubiera perseverado, no me habría podido quedar en Milán, dónde todos me conocían y dónde mi infidelidad habría supuesto un escándalo para muchas almas.

Yo por mi parte, siendo todavía totalmente incapaz de poner en tela de juicio al Opus Dei, que continuaba juzgando como algo santo puesto que fue aprobado por la Iglesia, empecé a vislumbrar que, en alguna parte, los argumentos hacían agua. Mi licenciatura en filosofía y la familiaridad con el empleo de los silogismos que adquirí gracias a la formación interior de filosofía, como base a los estudios de teología, me llevaron a razonar del siguiente modo: si los estatutos de la obra, que están aprobados por la Iglesia, sí prevén una forma para pedir la dispensa de los votos solemnes, no puede haber implícitamente nada perverso en utilizarla, puesto que la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, no podría aprobar nunca y permitir algo malo. Mi crisis y el nacimiento de una conciencia cada vez más independiente, me estaban llevando fuera de la obra, aunque con razonamientos y estereotipos mentales todavía típicamente clericales, que no llegaron a poner en tela de juicio el sistema en su totalidad.

Todavía más: aunque generalmente era un argumento que trataba de evitar, sabía de algunas personas que se habían ido anteriormente rompiendo "a lo grande" con el Opus Dei y con la iglesia, exponiendo públicamente sus razones y causando gran escándalo (escándalo sólo, -ahora lo veo-, para la gente de la Obra, porque cada cese se vivía como una grave ruptura y cada crítica a la Obra, como una calumnia). Casi siempre se daba a entender que la base de estas "fugas" era un enamoramiento, sobreentendiendo así que quién se marchaba no lo hacía basándose en razonamientos y convicciones, sino sólo porque no había logrado vencer una tentación carnal. También en esto continué durante bastante tiempo imitando sus prejuicios y razonando con sus cabezas. Yo me fui no porque me hubiera enamorado de alguien: esto lo supieron bien y ni siquiera habrían podido intentar dudarlo. También afirmé con convicción que siempre hablaría bien del Opus Dei, porque me fui convencida (entonces todavía lo creía sinceramente) que la Obra era santa y que me había dado todas las cosas válidas que poseía, pero que me iba porque, cualesquiera que fueran sus argumentos, todo mi ser se rebelaba ya a la vida que había llevado hasta entonces, a lo largo de casi dieciocho años, y que ya no aguantaba.

ba más.

Después de tres meses de estancia en Pamplona me comunicaron que había sido relevada de mi cargo de gobierno en la obra. Volví a Italia y fui enviada a un centro donde vivían personas jóvenes, rígidas como sólo las personas jóvenes saben serlo, y a las que tenía miedo de dar mal ejemplo, convencida como estaba de que mi malestar, mi irritación, mi intolerancia, mi apatía, ya ingobernables pero de las que era consciente, les escandalizara. Y me sentía humillada porque me vieran en aquel estado después de haber sido una referencia para muchas de esas personas en el pasado reciente. Pedí varias veces ser trasladada a otra ciudad y a un centro de numerarias mayores, teniendo en cuenta las graves dificultades por las que atravesaba, pero me volvieron a pedir tajantemente y con dureza que obedeciera. Dos directoras me hicieron una admonición a causa de mi insistencia en el traslado. Con ambas había convivido y tuve con ellas, -y por lo que me concernía a mí seguía teniendo-, una relación cordial y confidencial, lo cual volvió todavía más disonante y desproporcionada aquella intervención hecha con total autoridad y frialdad.

Pero sobre todo, lo que me afligió en este episodio fue tomar conciencia de que yo no estaba pretendiendo nada excepcional, ni arrogarme derechos, sino que sencillamente sólo pretendía hacer presente y solicitar, -con la sencillez y la confianza que me inculcaron hacia "la madre buena, la obra" y con la urgencia y la aflicción que nacieron de la infelicidad y malestar con la que me sobrecargaron-, la ayuda que me era lícita esperar de las personas que tenían la posibilidad de dármela; un auxilio para mi enfermedad que había sido provocada, según habían reconocido las directoras, por un agotamiento excesivo debido a mi entrega a la Obra.

Después de quince meses de luchas pedí y conseguí la dispensa de la llamada "vida de familia", paso previo a la solicitud y a la obtención de la dispensa de los votos contraídos con la obra. En los últimos tiempos decidieron agradarme y volví a vivir en un centro de personas mayores, pero ya, en aquel punto, algo se había roto por dentro definitivamente y ya no era posible, para mí, volver atrás.

6. VOLVER A EMPEZAR: PRIMER INTENTO

Volví a Roma, a casa de mi familia de sangre que me acogió con cariño, pero no muy preparada para respaldarme en el estado de devastación en que me encontraba. Entré nuevamente en lo más profundo de la depresión que se había desatado hacía ya dos años. Dependía de los psicofármacos y de la terapia que inicié con un psiquiatra numerario, la única persona con la que mi escrupulosa conciencia me permitía hablar de mis problemas.

Me fui de la Obra sin trabajo y con treinta y tres años, sin ninguna experiencia profesional en el mundo exterior, en una ciudad que me resultaba completamente extraña para mí después de diecisiete años de lejanía. Y sobre todo me fui de la obra completamente vaciada, como pude experimentar pronto. Ningún trabajo, ninguna experiencia cotidiana había logrado devolverme - al menos en el breve y medio período- aquel sentido de plenitud que había sentido antes, cuando estaba a punto de salvar al mundo y salvar a las almas, cuando tenía continuamente un hilo directo con Dios y la convicción de conocer detalladamente su voluntad.

La solicitud de dispensa de los votos solemnes que había hecho de manera perpetua me fue comunicada el día de viernes santo de 1988. En realidad, durante años todavía, no me desenganché de la fuerza de gravedad de aquella mentalidad y aquella aproximación de entender al mundo, si se puede llamar acercamiento o entender.

Mi experiencia difiere radicalmente de la de otras personas que han tenido la lucidez y el ánimo de ver y criticar desde dentro los aspectos negativos del Opus Dei, aunque creo que muchas otras personas, silenciosas y discretas -como la obra nos quería-, tengan a sus hombros una historia parecida a la mía.

A mí me fueron necesarios más dos años, desde cuando tomé dentro de mí la decisión de irme, para conseguir la dispensa formal de la incorporación definitiva a la obra. Pero han sido necesarios después más de diez, para salir de los condicionamientos mentales que la formación de la obra me provocó interiormente.

Me fui con la convicción que la obra no podía ser más que santa y justa, puesto que contó con la aprobación de la Iglesia. La educación recibida en mi infancia ha pesado mucho sobre esta imposición mental: espíritu de obediencia; desconfianza hacia el propio criterio y hacia la misma capacidad crítica; desconfianza hacia la capacidad racional; incapacidad para descifrar los mensajes de alarma que llegan del propio cuerpo y de la misma psique; huída de los conocimientos que procedían de los mecanismos psicológicos, temidos como amenazas contra la visión sobrenatural y cristiana de la existencia. Todas estas cosas las he respirado en el entorno familiar de mi infancia y se han visto severamente reforzadas por la formación recibida en la obra. El resultado de todo eso ha sido que, antes de dudar de la Iglesia o de una de sus instituciones, en aquella situación era normal que dudara sólo de mí misma. El mal no podía proceder más que de mí y ese fue un gran error. Me fui pensando que me iba por no estar a la altura.

Si tuve que luchar para perseverar en mi solicitud de dispensa, nunca habría sido capaz de hacerlo sino hubiera tenido aquel profundo malestar y aquella amenaza de desintegración interior que me urgió y me dio fuerzas. No creí estar librando una batalla sacrosanta, sólo estaba tratando de ponerme a salvo.

En todo he sido una persona fácil para la obra: incluso en mi falta de perseverancia, no he provocado escándalos, no he criticado el sistema en su conjunto, no he acusado a nadie. Sólo

quise que me dejaran en paz, no oír hablar de Opus Dei, ni de las normas del plan de vida, ni del Padre, ni del Fundador, ni de la confidencia, ni de la corrección fraterna.

En realidad, cuando me fui de la obra, estaba bien lejos de ser una moribunda, al menos espiritualmente, como me pareció en aquel entonces. Mi energía vital, mi apego a la vida, a la salud, a la realidad, sin que yo lejanamente lo sospechara, iniciaron su reconquista. En aquel período, a causa de la fuerte depresión, a menudo me imaginaba que acabaría mis días en un geriátrico. En realidad -no pude imaginarlo tampoco entonces- estaba iniciando un camino de madurez y crecimiento, de trabajo sobre mí misma que me llevaría -algo más de diez años en un tiempo largo pero razonable- a recobrar mi madurez, mi equilibrio, la capacidad de construir mi vida, de responsabilizarme de mis elecciones, de disfrutar de mis pequeños y diarios logros.

Pero este escrito no es sólo de mi vida en la obra, sino también de los años que la han precedido y de los que la han seguido. Los precedentes son importantes para entender cómo es posible que me haya ocurrido todo eso. Lo que pasó después es importantes para entender cómo se puede salir, incluso en casos como el mío, en que no se ha mantenido la lucidez para juzgar correctamente la realidad que se está viviendo.

Unos meses después de mi vuelta a Roma, encontré un trabajo, insatisfactorio y frustrante, pero que me dio autonomía económica, como secretaria en un estudio médico. Mis dos hermanos casados, con hijos pequeños y con los típicos problemas de las parejas jóvenes, no me podían ayudar a crearme una red de amistades y conocimientos. El hermano más joven, que tenía en aquella época 13 o 14 años, toleró mal la nueva presencia en la familia de aquella hermana que nunca había aparecido antes, y todas mis tentativas por hacerme su amiga, naufragaron frente a su hostilidad juvenil. Logré sólo conocer a personas más extrañas e inestables que yo.

Por mi parte, además de la tentativa de incluir entre mis conocidos a "elementos" masculinos, continué con un estilo de vida no muy diferente de aquél que había tenido hasta a entonces. No logré superar un pudor enfermizo que me hacía imposible ponerme pantalones, acortar una falda o vestirme de manera más femenina y atractiva. Dejé de usar el cilicio y las disciplinas y por fin dormía sobre un colchón, pero me fue impensable abandonar la misa diaria y permitirme la lectura de libros no ortodoxos, según mis anteriores esquemas mentales. Sin embargo, aunque muy lentamente, algo empezó a moverse. Empecé a experimentar el placer de adquirir alguna prenda para mi vestuario sin que nadie la supervisara, a hacer algún regalo, -a menudo exagerado- para compensar todos los que no hice nunca a ninguno de mis seres queridos, a mis hermanos y a mis padres. Me acuerdo la primera vez que volví a poner los pies en un cine, a donde no había vuelto desde que me llevaban de niña o alguna salida a cenar con los primeros hombres, algo extraños, que logré conocer.

Todo este estado de cosas me pesaba y no lograba digerirlo, a pesar de la terapia que, con grandes sacrificios económicos, seguí permitiéndome. Mi pasado pesó tanto sobre mi presente que estaba convencida de que, si nunca hubiera llegado a casarme, habría estado solamente con una persona que hubiera pasado por experiencias parecidas a las mías, con la que hubiera podido compartir aquellas experiencias sin traicionar, con esas confidencias, aquel Opus Dei al que me sentía atada por razones de una lealtad que me invadió silenciosamente, casi como una complicidad. Aunque empecé a percibir algunas de las cosas que experimentaba como equivocadas, todavía más equivocado me habría parecido, entonces, lavar fuera de casa aquellos trapos sucios.

El trabajo, con un jefe de carácter intratable, siempre me pesó de más, pero no osé dejarlo por-

que era muy importante mi independencia económica. Pero en el verano de 1989, después de casi año y medio que trabajar allí, me fue brindada la oportunidad de partir para Armenia con un programa de cooperación de ayuda a los devastados.

Desde que salí de la Obra, prácticamente no volví más a un centro del Opus Dei, salvo a la casa central de Roma, dónde mi presencia pasaba más inadvertida por el continuo flujo de peregrinos que van a rezar a la tumba del Fundador. Fui unas pocas veces, al principio, para confesarme, pero sabía que con mi salida, las reglas del juego no permitían que yo fuera libremente por alguna sede de la Obra, ni yo tuve particular interés en andar por sus alrededores. Con los ex miembros se rompen todas las relaciones, al menos con aquellos más conocidos, pero al mismo tiempo se hace alguna excepción cuando, como en mi caso, se trata de personas que no se ponen en plan conflictivo: entonces se acepta que se les proponga colaborar en proyectos de tipo público, en los que no se solicita la pertenencia a la obra y que más bien son utilizados para demostrar que el Opus Dei involucra a todo tipo de personas en sus apostolados.

Necesitaban personas para un programa de cooperación, y yo me sentí muy contenta de participar en algo que se parecía lejanamente a las actividades a las que tanto me dediqué en los años pasados. En Armenia estuve seis meses y allí conocí al numerario que al final se convirtió en mi marido. Todavía pertenecía a la obra, pero estaba sumido en una gran crisis, y empezó a cortejarme enseguida. Yo no habría podido no dejarme implicar en aquel cortejo, necesitaba demasiado querer a alguien y ser querida y eso me hizo superar todas las dificultades que tuve desde el principio, puesto que él, habiendo vivido incluso en el Opus Dei momentos muy difíciles, no había iniciado todavía su proceso de separación de la obra. Estaba tan lleno de su problema que era incapaz de invertir más esfuerzo en construir nuestra vida en común.

He meditado mucho, naturalmente, sobre la ruptura de nuestro matrimonio, y sé que las responsabilidades fueron de los dos por igual. Las mías estuvieron en casarme sin estar dispuesta a aceptarle a él tal como era. Tenía la convicción de que lograría cambiarlo, que conseguiría que se adaptara a la vida y de que echaría el ancla en la realidad. Y pensé que yo tenía decisión, fuerza y energía suficiente por ambos. Sólo después aprendí que esto es un error y que, antes que yo, lo intentaron otras mujeres. Pero cuando lo comprendí, el daño ya estaba hecho.

Todo fue, desde el primer momento, una gran equivocación. A pesar de muchos sufrimientos, seguí cometiendo errores. Mis inseguridades me llevaron a buscar fuera de mí las soluciones en lugar de buscarlas dentro. Tenía primero que haber aprendido a sostenerme sobre mis propias piernas, a ser autónoma, a darme a mí misma serenidad, seguridad, aprobación y cariño: a ser de verdad una persona adulta, en una palabra.

A los 35 años llegué completamente desprevenida al matrimonio. Para mí fue una necesidad, no una libre elección. Una necesidad para salir de la soledad, para dar y recibir amor, para tener un hijo, que es una necesidad a menudo improrrogable para una mujer de esa edad, quizás aún más en mi caso que sólo veía a mi alrededor escombros de la vida pasada.

No he sido deshonesto, pero no era todavía capaz, en mi inexperiencia de vida, de no hacer referencia o comparaciones a lugares comunes de los que todavía no había salido. La proximidad y el cariño de una persona necesitada de mi ayuda, como yo de la suya, me llevaron a infravalorar las dificultades que incluso vi ya desde el primer momento. Sucesivamente también tuve la oportunidad de hablar de mis dudas con un sacerdote consultor de la Sagrada Rota, que me dijo que seguramente hubiera sido posible una nulidad de nuestro vínculo matrimonial, debida al hecho que cuando lo contrajimos todavía estábamos ambos en una situación de una

fuerte inmadurez psicológica y desestabilización, debida al radical cambio de la orientación de nuestras vidas.

No quiero pararme, por respeto a mi marido y a su intimidad, sobre los hechos concretos, en algunos momentos realmente dramáticos, que nos llevaron a la separación. Ambos habríamos tenido que cambiar muchas cosas de nosotros mismos para lograr formar una auténtica pareja. Yo estaba dispuesta a hacer este trabajo sobre mí misma; él no tenía madurada esta decisión por lo que a él le concernía, y en todo caso los tiempos de evolución de cada uno de nosotros se han revelado extremadamente diferentes. Durante el tiempo en que intenté por todos los medios que él cambiara, nuestro matrimonio continuó entre miles de conflictos. Hubo un punto en el que comprendí que me era imposible cambiar a mi marido si él no decidía cambiarse a sí mismo, y entonces nos separamos.

En este momento, mi historia se sitúa, según me parece, al principio de mi salida de la órbita de la mentalidad clerical, y en cierto sentido es una deuda que tengo con mi marido. Si hubiera encontrado a un compañero normal y pasablemente centrado, que no hubiera tenido nada que ver con el Opus Dei, probablemente habría continuado razonando con mis antiguas categorías mentales y comportándome según determinados modelos aprendidos en la Obra, aunque ya hubiera salido de ella. Sólo una persona tan aturdida y confusa como mi marido pudo provocar el corto circuito que me hizo cortar con aquel universo interior. La desesperación, la desestabilización que él tenía y lo anclado que estaba en la mentalidad y en los valores aprendidos en la Obra, hizo que se parapetara detrás de aquella respetabilidad y de aquellos prejuicios pseudo-morales y fundamentalmente misóginos en los que habíamos sido formados. Así fue como estallé y me di cuenta dónde estaba el problema. Y así pude empezar a cortar todos los lazos interiores que continuaban atándome a aquel mundo del que yo había renegado, pero del que todavía no había conseguido salir ni psicológica ni moralmente.

Tras ocho años más, tampoco había borrado completamente mi pasado y me encontré de nuevo de pie entre las ruinas polvorientas de mi vida. Casi a punto de cumplir 40 años, tenía que volver a empezar una vez más.

7. RECONSTRUCCIÓN

Volví con la conciencia de necesitar ayuda todavía, pero tomando esta vez la decisión de manera completamente autónoma, a hacer psicoterapia. La persona a la que me dirigí no pertenecía esta vez al entorno de la obra, más bien estaba en las antípodas.

Ha supuesto un trabajo largo, lleno de momentos bellos pero también de otros dolorosos y difíciles. La tentación de escapar ha sido, en algunos momentos, muy fuerte. Me ha sido de gran ayuda, en todos aquellos años, el propósito que me fue madurado dentro y que escribí para no perderlo de vista y por mantenerme fiel: "quiero aprender a encontrar el centro dentro de mí misma. Quiero -incluso sabiendo que puedo necesitar a los otros- lograr que nadie sea indispensable, no quiero sentir ese impulso invencible, casi forzoso, e irrazonable, de encontrar dos orejas fiables capaces y listas para escuchar lo que me angustia, o me deprime para luego sufrir más por no sentirme adecuadamente consolada. Quizás todavía he aprendido pocas cosas de la vida pero lo poco que sé, lo quiero tener bien seguro. Ante todo, que cada uno de nosotros es un santuario, que nadie si no Dios -tampoco el mismo interesado a veces - puede saber qué cosas hay realmente en la cabeza y en el corazón de otro, y que por tanto nadie puede saber qué es lo que está bien o mal para mí, salvo yo. Puede ayudarme a descubrirlo, pero no puede descubrirlo o entenderlo en mi lugar, ni mucho menos, imponérmelo."

El trabajo hecho con la psicoterapia ha sido fundamental. Cada uno de nosotros lleva dentro sus puntos débiles, más o menos acentuados. La diferencia consiste en aprender a administrarlos, porque eliminarlos completamente no se puede. He aprendido, poco a poco, a distinguir las cosas factibles de las irrealizables, a empeñarme en lo nuevo sin sentirme frustrada por el pasado; he aprendido a no manipular a los otros, tratándolos de tal modo que espere la gratitud o la consideración como recompensa. Hablando de ello, aprendiendo palabras para contarlo, he afrontado muchos momentos feos de mi pasado que consiguieron arruinarme el presente, porque no los entendí ni los desmonté hasta hacerlos inofensivos. La lección quizás más importante, ha sido la de que ser adulto significa hacerse responsable de las propias necesidades, no delegándolo en otros sino sintiéndonos responsable en primera persona. Ser adulto es aprender a ser padres de nosotros mismos: exigirnos, consolarnos, gratificarnos, mimarnos. Aprender a quererse y a sernos simpáticos. Poco a poco empecé a sentirme mucho mejor y hasta a rejuvenecer como mujer; mi físico, que hasta entonces conservó las características casi de adolescente, empezó a tomar formas más definidas de mujer, y yo, dentro de él, estaba y me sentía más cómoda.

Cambié de trabajo y mis colegas, que no habían conocido antes a la persona rígida y poco natural que era, empezaron a cortejarme y a demostrar interés por mí. No fue una estúpida coquetería la mía. Fue el despertar a una espontaneidad nunca experimentada por una persona que se paró en la niñez sin llegar nunca a ser adolescente, que fue dada de la tutela agobiadora de los padres a la de una institución opresiva sin haber tenido el tiempo de vivir las experiencias propias, algo tontas, pero fundamentales, de todos los adolescentes.

Con la separación de mi marido, me puse de parte de los que siempre había considerado que estaban equivocados. Pero llegué después a este paso tras largas y serias reflexiones y todos los razonamientos que hice me llevaron a concluir que esta solución representó, al menos en mi caso, el menor de los males. Esta situación, paradójicamente, me ha llevado rápidamente a entrar en otra relación con Dios. En esto también me he sentido ayudada por la experiencia de la maternidad. Supe por experiencia directa lo que significa tener un hijo, y cómo se pueden convertirse en absurdas, frente a esta experiencia, las categorías mezquinas en que encerramos el amor de Dios hacia nosotros. La jovencita escrupulosa y obsesiva salió del foso y des-

cubrió que el amor de Dios es otra cosa.

De aquella experiencia, mi mentalidad cambió radicalmente. Haber aprendido a quererme me ha vuelto más serena y tolerante con los demás. Poco a poco he entendido que la regla evangélica "quiere al prójimo como a ti mismo" no quiere decir que la medida mínima del amor que tenemos que llevar a los demás tiene que ser lo máximo del amor que tenemos por nosotros mismos, sino que si no aprendemos primero a querernos a nosotros mismos, el amor que pretendemos tener por los otros no será más que fuente de nuestras neurosis y frustraciones. He aprendido a hablar menos y con más calma, y a buscar dentro de mí el centro de mi equilibrio y de mi serenidad. Me han quedado algunas secuelas -cada vez más esporádicas- de la depresión, que me atacan en los momentos más inesperados a pesar de mi vida fundamentalmente serena. Yo me siento curada de la depresión real, pero cuando aparece esa extraña molestia, trato de aceptarla como una cicatriz de mi vida pasada. En realidad la depresión me ha dado lecciones importantes de compasión, de tolerancia, de no juzgar a quién parece más débil, de saber escuchar, sin querer por fuerza dar soluciones.

Tengo a una hija sana y feliz, que estoy intentando ayudar a crecer sin atajos y que sea capaz de ir al centro de las cuestiones. La relación con mi marido, pasados pronto los primeros momentos borrascosos después de la separación, está encontrando serenidad alrededor del objetivo común de hacer que la separación no influya en la felicidad de nuestra hija. Él trabaja al extranjero, y cuando va a Italia sabemos darle a nuestra hija la posibilidad de no tener que elegir entre ninguno de los dos. Y, en fin, hemos encontrado un modus vivendi bastante aceptable. Ciertamente, a menudo me siento muy sola. Después de mi separación, me fui a vivir de nuevo con mi madre porque coincidió con la muerte de mi padre. Tengo el soporte y el cariño de mi familia, y veo a mi hija crecer en un ambiente casi normal, pero añoro junto a mí una presencia masculina con la que compartir preocupaciones y alegrías. Pero por ahora está bien así.

Sé que mi historia es atípica. Conozco a personas que, incluso dentro de la obra, han conservado su lucidez de juicio y que han ido dándose cuenta de la injusticia de las cosas que sucedían allá dentro. Yo he tardado mucho tiempo en recobrar mi juicio. He dejado hacer y he colaborado activamente en mi lavado del cerebro; perdí, quizás por mi culpa, la capacidad de juzgar de manera autónoma según mi conciencia. He hecho y he dejado que me hicieran cosas que ahora me asustan. Mi cuerpo y mi psique reaccionaron antes que mi inteligencia y que la rectitud de mi conciencia. Me juzgan y me juzgo una persona inteligente, sin embargo buena parte de mi vida ha sido una gran estupidez.

Ahora, cuando pienso en mi historia, me veo como una nave espacial que viaja lentamente al principio para vencer la fuerza de gravedad, pero que luego, alcanzado un punto crítico, empieza a acelerar y a viajar cada vez más velozmente. Cuando luchaba, por dentro y por fuera de mí para recobrar mi libertad, personas acreditadas del Opus Dei me dijeron que me pesaría amargamente la decisión que estaba tomando, que no encontraría jamás la paz conmigo misma ni con Dios, que no tendría jamás tranquilidad. Después de más de diez años que hace que me fui, sin ninguna obligación ya de ser coherente con ideas preconcebidas, hago cuentas. Con una gran satisfacción y una serenidad que se parecen de cerca a la felicidad, puedo constatar que mi vida no ha sido nunca tan equilibrada ni ha estado tan en contacto con la realidad como lo está hoy.

Aquilina

Roma, 3 de septiembre de 1999